



Guadalupe de la Cruz Aguilar Salmerón

ORCID: [0000-0001-5052-5014](https://orcid.org/0000-0001-5052-5014)

Vanessa Freitag

ORCID: [0000-0002-2943-7455](https://orcid.org/0000-0002-2943-7455)

El cuerpo autobiográfico. La sensibilización estética a través de la experiencia artística guiada

Páginas 33-47

En:

Lo estético en el arte, el diseño y la vida cotidiana / Nicolás A. Amoroso Boelcke, Olivia Fragoso Susunaga y Alejandra Olvera Rabadán, coordinadores. Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, 2021. 375 páginas.

ISBN 978-607-28-2162-0

Relación: <https://doi.org/10.24275/uama.1242.8980>

Universidad
Autónoma
Metropolitana



Casa abierta al tiempo **Azcapotzalco**

Universidad Autónoma Metropolitana
Unidad Azcapotzalco

<https://www.azc.uam.mx/>



Ciencias y Artes para el Diseño

División de
Ciencias y Artes para el Diseño

<https://www.cyad.online/>



Departamento del
Medio Ambiente

Departamento del
Medio Ambiente

<https://medioambiente.azc.uam.mx/medio-ambiente.html>



Excepto si se señala otra cosa, la licencia del ítem se describe como
Atribución-NoComercial-SinDerivadas

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

El cuerpo autobiográfico. La sensibilización estética a través de la experiencia artística guiada

Dra. Guadalupe
de la Cruz
Aguilar
Salmerón
Dra. Vanessa
Freitag
Universidad de
Guanajuato,
Campus León

Resumen

La experiencia artística guiada ha dado cuenta de posibilitar la construcción de la capacidad simbólica en el sujeto, cuya identidad se constituye por el cuerpo como única realidad sensible. El presente texto tiene por objetivo exponer algunas aproximaciones teórico-metodológicas sobre la experiencia artística guiada, como dispositivo de sensibilización estética que promueve el retorno al cuerpo para crear una experiencia autobiográfica consciente.

Esto es importante porque cada vez con mayor frecuencia surgen individuos cuya identidad se encuentra disociada de la corporalidad, fragmentada por la innumerable cantidad de estímulos emergentes donde lo inmediato suplente todo proceso humano, esto se puede observar en los nuevos modos de crianza, las relaciones humanas y las formas de aprendizaje, por citar algunos; de esta manera, los sujetos presentan identidades desdibujadas por la carencia de registros significativos, una pobre sensibilización estética, con la consecuente percepción parcializada de sí.

Palabras clave: Experiencia artística guiada, sensibilización estética, capacidad simbólica, cuerpo, identidad.

Abstract

The guided artistic experience has made it possible to build the symbolic capacity in the subject whose identity is constituted by the body as the only sensible reality. The present text aims to expose some theoretical-methodological approaches about the guided artistic experience as an aesthetic sensitization device that encourage the return to the body to create a conscious autobiographical experience.

This is important because arise more and more frequently individuals whose identity is dissociated from corporality fragmented by the innumerable number of emerging stimuli where the immediate supplies all human process, this can be observed in the new modes of parenting, human relationships and forms of learning, to name a few; in this way, the subjects present identities blurred by the lack of significant records, poor aesthetic sensitivity, with the consequent partial self-perception.

Key words: Guided artistic experience, aesthetic sensitization, symbolic capacity, body, identity.



Introducción

Este texto es resultado de la investigación doctoral Procesos creativos y transformaciones subjetivas. La resignificación de la identidad a través de la experiencia artística dirigida, de Aguilar (2016), donde en las indagaciones sobre los procesos creativos se encontró un significativo desarrollo de la consciencia corporal, como una de sus principales aportaciones.

Para este texto, nos preguntamos si la experiencia artística guiada ha dado cuenta de ser un dispositivo de sensibilización estética, que favorece la construcción de la capacidad simbólica en el sujeto, donde surgen las preguntas sobre: ¿Cómo la sensibilización estética facilita la conciencia corporal?, entonces también ¿Se puede pensar que la identidad se encuentra simbólicamente representada por el cuerpo?

Para orientar estos cuestionamientos se consultaron las teorizaciones de Giménez (2007) en *Estudios sobre la cultura y las identidades sociales* y de Gergen (2006) en *El Yo saturado*, quienes profundizan la configuración de la identidad en el contexto contemporáneo; el psicoanálisis de Freud (1915) en *El inconsciente*, (1923) en *El yo y el ello* y (1930) en *El malestar en la cultura*; de Lacan (1954a) en *El universo simbólico*, (1954b) en *La tópica de lo imaginario*; de Laplanche y Pontalis en el *Diccionario de Psicoanálisis* (2004) han dado algunas luces sobre conceptos relativos a los procesos anímicos; de Bertherat (2002) en *El cuerpo tiene sus razones* se tomaron ciertas aportaciones en torno a las relaciones entre el cuerpo y la estructura de la consciencia; las teorías sobre la educación artística y el desarrollo humano de Gardner (2011) en *Educación artística y Desarrollo humano* y de Waisburd y Sefchovich (1999) en *Expresión corporal y creatividad*, así como Waisburd (2003) en *Creatividad y transformación*, entre otros autores y sus contribuciones a los estudios del arte, en quienes se encontraron importantes supuestos que facilitaron la reflexión a favor de la sensibilización estética, para la resignificación del yo y su trascendencia.

Sabemos que para Freud (1923) la conciencia es la percepción sensorial y esta se experimenta mediante estímulos externos, o, por las sensaciones y sentimientos que proporcionan los procesos internos. De esta manera, el cuerpo se convierte en un filtro entre la realidad interior y la realidad externa, en la representación de una organización coherente, un Yo, el principio de realidad. En este orden, agrega Lacan (1954b), el cuerpo como identidad se configura por la experiencia y se unifica a través de los tres registros de lo imaginario: lo real, lo imaginario y lo simbólico, en donde la experiencia del exterior como real es elaborada por la imaginación para crear significado, es decir, se sintetiza en lo simbólico, de tal suerte que toda experiencia que se suscita en el sujeto por la palabra referida, por ser mirado, sentido,



34

[Ir al índice](#)

amado, amamantado, cuidado, por su experiencia de interacción corporal, razones por las que va diferenciándose de la madre y al mismo tiempo configura una consciencia de unicidad, de corporalidad, esto es, una identidad representada simbólicamente por un cuerpo.

Sin embargo, en la actualidad los procesos de configuración de la identidad presentan múltiples condiciones distintas, su construcción está amenazada, no sólo porque es imposible hacer pasar toda experiencia por los tres registros de lo psíquico, sino porque los modos de vida se han vuelto paradójicos, por un lado se han complejizado y por otro, los procesos pretenden ser inmediatos. Estos, han desencadenado nuevas identidades, carentes de registros simbólicos, vacíos en la experiencia estética, con una pobre conciencia corporal, donde resultan individuos con un cuerpo-identidad, parcialmente construidos, en donde se hace pertinente la realización de nuestro objetivo.

Las ideas sobre la identidad con las que trabajamos este texto, están basadas en los supuestos sobre la identidad como resultado de la influencia de un contexto cultural. De acuerdo con Gergen lo que somos realmente es: “producto de una cultura en un momento histórico.” (2006, p. 34), Esta premisa, agrega, se basa principalmente en la comprensión del hombre como un ser de razonamiento y emocionalidad, derivada del sentido común de nuestro tiempo y de ciertas consideraciones universalmente aceptadas.

Apoyado en este supuesto, encontramos en Giménez (2007) los conceptos sobre la formación de la cultura simbólica y las identidades sociales, quien plantea para ambos tres fases de desarrollo, estas se constituyen como: fase concreta, abstracta y simbólica, a las cuales articula tres conceptos clave: costumbres, modelos y significados: “- la fase concreta, la fase abstracta y la fase simbólica- caracterizadas respectivamente por otros tres conceptos clave: costumbres, modelos y significados.” (Giménez, 2007 p. 26). Dichas categorías han permitido comprender los estados de formación de las tres fases de los procesos culturales ordenadas en un marco histórico, lo cual ha configurado progresivamente a la cultura como sujeto de estudio; en este sentido, también corresponden a los tres estados de formación de las identidades sociales. En este orden y por su carácter cualitativo, estas categorías también han dado cuenta de sus posibilidades para explicar procesos de individuación a través de los cuales se expande la conciencia personal, con lo que hemos ampliado la comprensión para la realización del presente objetivo.

En dichos términos, es importante establecer que, de acuerdo con Giménez (2007), antes de la fase concreta de la formación del concepto de cultura, distinguir la identidad no era posible en el contexto cultural, los individuos solamente estaban representados en



colectivo por las formas de vida, los modos de pensamiento, ideales y valores del grupo social al que pertenecían, poseían una cultura sin ser conscientes de su significado y en este sentido determinaban al individuo; su identidad se construía por leyes externas, esto es, por las costumbres de la cultura. Al transferir estos conceptos a los procesos de formación de las identidades, aparece en Giménez (2007) la categoría de la dimensión concreta, lo material, sensible, que en el proceso de individuación se encuentra representado y sintetizado por el cuerpo. Sin embargo, es posible destacar que ya en esta fase, por el Romanticismo, aparece la sensibilización sobre de la realidad interna del sujeto en términos de afectos, lo que significó explicar y dar nombre a los diferentes estados “del alma”, esto facilitó el enriquecimiento del lenguaje y un conocimiento más amplio del sí mismo.

En la fase abstracta de la formación del concepto de la cultura e identidades en Giménez (2007), así como en los procesos de individuación, se encuentra un desplazamiento que va de las costumbres a los modelos normativos, por lo que el razonamiento sobre los fenómenos emocionales constituye una nueva reflexión sobre la realidad, un nuevo estado de las cualidades de la identidad representada por la dimensión abstracta. Esta nueva postura permite que los individuos, planteen a la cultura modelos normativos, sistemas de organización, orientación social y valores, con los que trascienden los sistemas homogéneos, crean iniciativas para incidir en la colectividad y sus formas de vida a partir de ampliar la conciencia de sí, lo que promueve en el individuo la libertad de elegir, donde se legitima. Por lo anterior, en la fase abstracta del proceso de individuación, se establece una relación entre las cualidades racionales y afectivas, las cuales se encuentran representadas en un lugar intangible que podríamos definir como realidad interior o subjetividad, donde se realizan las funciones psíquicas de la estructura de la conciencia, con lo que es capaz de construir la conciencia de sí.

La definición del concepto de la cultura y las identidades como proceso simbólico que plantea Giménez (2007), en Aguilar (2016), nos llevó a comprender que en el marco de un momento histórico y en un determinado contexto, los significados de la cultura son acordados por consenso y objetivados en formas simbólicas:

[...] la cultura es la organización social de significados, interiorizados de modo relativamente estable por los sujetos en forma de esquemas o de representaciones compartidas, y objetivados en formas simbólicas, todo ello en contextos históricamente específicos y socialmente estructurados. (Giménez, 2007, p. 46)



36

[Ir al índice](#)

Para ello, agrega, es necesario comprender las *formas objetivadas* y las *formas subjetivadas* de la cultura, es decir, distinguir la cultura material de las estructuras cognitivas que la definen. Las *formas objetivadas* de la cultura se perciben por la sensibilidad estética y son reconocidas objetivamente por la organización social, no obstante, no tienen sentido por sí mismas sino a través de los individuos quienes al realizar la interpretación de sus contenidos y generar significaciones subjetivas, las convierten en las *formas subjetivadas* de la cultura.

De esta manera, la concepción simbólica de la cultura y de las identidades niegan el orden y la coherencia de las concepciones culturales y procesos identitarios anteriores, los cuales al abandonar patrones estructurados se han transformado en nuevas prácticas, emergentes, que aparecen de forma inconexa, con sus propios códigos y significados, en donde las nuevas tecnologías van planteando arbitrariamente otras formas de ser, estar y de relación: “cultura en acción.” (Giménez, 2007, p. 29).

Al comprender las fases de formación de la cultura simbólica y las identidades, surge un proceso semejante y simultáneo en el desarrollo de individuación del sujeto contemporáneo, el cual representa en mayor o menor grado una configuración simbólica, emergente, fragmentada y descentrada, y que posicionan al nuevo individuo lejos del orden de las etapas que le preceden.

Por lo anterior, es importante subrayar que el abordaje de los conceptos de formación de la cultura simbólica y las identidades se ha realizado en términos de proceso, ya que al profundizar en estos y conocer su correspondencia con las fases sucesivas *concreta*, *abstracta* y *simbólica*, se puede suponer que en el individuo también se construyen sucesivamente formas de conciencia *concreta*, *abstracta* y *simbólica*, derivadas de las tres condiciones clave: *costumbres*, *modelos* y *significados*, las cuales amplían su percepción de la realidad. Finalmente, al transferir dichas reflexiones al desarrollo de la individuación, encontramos que la dimensión *simbólica* como nivel trascendente, aparece por la relación complementaria de los planos anteriores *concreto* y *abstracto*, lo que promueve la comprensión de significados, razón por la que el individuo se constituye sujeto.

Para ampliar las comprensiones sobre los conceptos anteriores se incluyeron algunos procesos psíquicos estructurantes de la identidad del psicoanálisis, pues es un campo integrador y son útiles para comprender al individuo contemporáneo, de esta manera Freud (1923) define la estructura anímica en *El yo y el ello*, como las relaciones entre un ello, un yo y un superyó: “la esencia del alma en un ello, un yo y un superyó.” (Freud, 1923, p. 9). El *ello*, representa el origen del deseo esencial, orientado por el principio del placer, de naturaleza inconsciente.



Es importante mencionar que lo *inconsciente* para Freud (1915) es el espacio psíquico y desconocido más amplio y complejo del sistema anímico, el cual se constituye por un conjunto de agentes representantes de pulsiones que tienen la necesidad de expresarse en forma de deseo: “El núcleo del Icc consiste en agencias representantes de pulsión que quieren descargar su investidura; por tanto, en mociones de deseo.” (Freud, 1915: 45). Además está estructurado en dos niveles, uno se manifiesta por actos latentes y temporales y el otro se refiere a los procesos reprimidos: “tenemos dos clases de inconsciente: lo latente, aunque susceptible de conciencia, y lo reprimido, que en sí y sin más es insusceptible de conciencia.” (Freud, 1923, p. 2)

El yo representa el principio de realidad, es el mediador que se ubica entre los impulsos internos del *ello* y el mundo exterior, es la *conciencia* del cuerpo formada mediante la percepción de la que Freud (1923) propone dos funciones: la primera es la percepción estética, que lleva implícita la recepción momentánea de estímulos externos objetivos: “«Ser consciente (3)» es, en primer lugar, una expresión puramente descriptiva, que invoca la percepción más inmediata y segura.” (Freud, 1923, p. 2). La segunda función es interna, se refiere a la percepción corporal de estímulos subjetivos, de esta manera establece como *percepciones sensoriales* todo aquello que experimentamos con los sentidos y como *sensaciones* y *sentimientos* lo que experimentamos desde el interior: “todas las percepciones que nos vienen de afuera (percepciones sensoriales) y, de adentro, lo que llamamos sensaciones y sentimientos.” (Freud, 1923, p. 3). Es entonces que el cuerpo se constituye en objeto de la percepción, la cual es recibida en la superficie por cada uno de los sentidos que operan simultáneamente con la conciencia y la dinámica de los afectos que lo conmueven: “El cuerpo propio y sobre todo su superficie es un sitio del que pueden partir simultáneamente percepciones internas y externas.” (Freud, 1923, p. 5). De esta manera, el cuerpo es el representante de toda objetividad y subjetividad, es la única realidad sensible por medio de la cual se realizan las funciones de las distintas dimensiones, así, la percepción estética funciona como el límite entre lo externo objetivo y lo interno subjetivo, lo que define para el cuerpo una especie de posición de realidad que de acuerdo con la intuición del individuo desencadena diversos procesos, tanto en los campos de la conciencia como de lo inconsciente.

Finalmente, al retomar la última figura de la estructura anímica, se encuentra un *superyó*, quien al realizar la función de abogado del *ello*, da forma al yo (cuerpo) con criterios estructurados en formas de deber ser, el cual establece la conciencia moral y constituye el carácter: “participa en considerable medida en la conformación del yo, y contribuye esencialmente a producir lo que se denomina *su carácter*.” (Freud, 1923, p. 6).



38

Ir al índice

Por lo anterior y articulando los supuestos sobre los conceptos de la formación del concepto de cultura e identidad en Giménez (2007) y en Freud (1923), se puede afirmar que en el individuo, el yo (cuerpo) es el representante del mundo exterior, de la realidad sensible, *concreta*; en tanto que el *ello* y el *superyó* del mundo interior, de la realidad *abstracta*, es decir, de los afectos y razones, de tal suerte que tanto los conflictos como las resoluciones entre el yo, el *ello* y el *superyó* reflejan no sólo la oposición entre el mundo interno y externo de él mismo, sino que además, toda resolución o resignificación es un proceso *simbólico* con el que aparecen nuevos significados, como resultado de un diálogo entre opuestos.

Para Lacan (1954b), la identidad se constituye haciendo pasar al sujeto por los tres registros de lo imaginario, que corresponden a los sistemas de referencia del yo en *La tópica de lo imaginario*. Plantea la *realidad* como: “el caos original” (Lacan, 1954b, p. 33), como aquello externo al individuo aún sin asimilar, lo no estructurado y que se presenta necesario de aprehender, lo cual se hace posible mediante la elaboración de un proceso que liga con lo *imaginario*, definido como: “el nacimiento del yo” (Lacan, 1954b, p. 33), profundamente ligado a los modos de percepción, en este sentido, el cuerpo se configura al registrar la experiencia. Finalmente, lo *simbólico* es la realización del proceso, lo cual coloca al individuo de cara al significado para construir su subjetividad, esto le genera la posibilidad de desplazarse en diferentes posturas y expandir la conciencia, que define como: “las posiciones del sujeto.” (Lacan, 1954b, p. 33).

De acuerdo Lacan (1954b), las relaciones entre la percepción y la conciencia de sí pueden comprenderse a través de las imágenes ópticas y sus principios, algunas, son imágenes subjetivas, llamadas imágenes virtuales, otras son reales y se refieren a los objetos sensibles; lo común es generar imágenes virtuales a partir de objetos reales, por tal situación el objeto real se convierte en objeto virtual. En este orden, se apoya en los principios de la óptica con el siguiente esquema donde representa a un observador, un objeto real, un objeto imaginario y un espejo cóncavo.¹



39

[Ir al índice](#)

¹ Esquema de la “Experiencia del ramillete invertido”, imagen de Lacan (1954b) en *La tópica de lo imaginario*, p. (36) para explicar la relación entre la percepción y la formación de la conciencia personal. Utilizada en Aguilar (2016) para explicar los tres registros de lo imaginario.

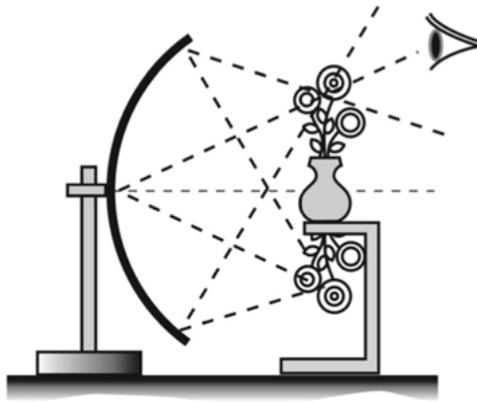


Imagen 1: Esquema de la "Experiencia del ramillete invertido", imagen de Lacan (1954b) en *La tópica de lo imaginario*, p. (36) para exponer la relación entre la percepción y la formación de la conciencia personal. Utilizada en Aguilar (2016) para explicar los tres registros de lo imaginario. Recuperada de: <https://www.freud-lacan.com/getpagedocument/10194>

Por razones del fenómeno óptico, a cada punto en el espacio real le corresponde un punto en el espacio imaginario, sin este, no existiría el fenómeno. De la misma manera sucede con los tres registros para la formación del yo, es necesario que la imagen de lo real definida por la percepción sea elaborada a través de la imaginación para simbolizar. Es entonces que en esta relación, como en toda relación simbólica, los fenómenos sensibles se articulan simultáneamente con el espacio real, el espacio imaginario y la subjetividad, de manera que de acuerdo con las cualidades de tales relaciones a veces no se encuentran claramente definidos, lo que se vuelve esencial para la comprensión del fenómeno, es decir, para la comprensión del sí mismo:

Pues bien, digamos que la imagen del cuerpo -si la situamos en nuestro esquema- es como el florero imaginario que contiene el ramillete de flores real. Así es como podemos representarnos, antes del nacimiento del yo y su surgimiento, al sujeto. (Lacan, 1954b, p. 36)

Para ampliar esta reflexión y siguiendo a Lacan (1954b), es conveniente distinguir los límites entre lo real y lo imaginario, entre objetividad y subjetividad; para ejemplificarlo, plantea la imagen de un arco iris, el cual es considerado un evento real, sin embargo, como todo fenómeno de la subjetividad sólo tiene la posibilidad de objetivarse mediante la percepción; de esta manera, la distinción entre lo real y lo imaginario depende de la posición del individuo, pues esta condiciona su constitución del mundo caracterizada por su capacidad simbólica, además, Lacan (1954a), agrega que todo el orden de lo humano es caracterizado por esta función, en este sentido, al tratarse de una condición superior encontramos que subyace a todo proceso significativo de comprensión de la realidad. Finalmente, se puede afirmar con nuestro autor, que el desarrollo y la evolución de los individuos están constituidos por su inserción al mundo simbólico el cual se consolida en el ejercicio de la palabra.



Con fundamento en lo anterior, donde se puede imaginar una identidad potencialmente configurada por las dimensiones *concreta* (cuerpo), *abstracta* (relaciones entre el intelecto y los afectos) y *simbólica* (significados), anclada en las costumbres, modelos de pensamiento y significados de su cultura y que en términos freudianos se encuentra constituida por una estructura anímica que le permite relacionarse entre la realidad interna y externa mediante un cuerpo que interpreta dichos procesos, o, en su caso, quien ha elaborado para sí ciertas experiencias a través de los tres registros de lo psíquico. Y aunque si bien, en el marco de la cultura simbólica vigente, las dimensiones de lo humano se encuentran ante la posibilidad de desarrollarse e integrarse exponencialmente, también y por las mismas razones de la *cultura en acción* y sus *prácticas emergentes*, existe menor probabilidad para que la identidad se conforme y consolide en la expresión más plena de su propio potencial, pues esta paradoja está presente en los nuevos modelos de crianza, los vínculos familiares, la experiencia escolarizada, las relaciones interpersonales, los cuales difícilmente realizan registros significativos capaces de escribir memorias biográficas ordenadas y congruentes, pues han sido cambiados por lo inmediato, de esta manera, el sentido de la vida se traduce en carreras por alcanzar metas profesionales a cualquier precio, llegar y sostener altos niveles de consumo chatarra, así como una permanente búsqueda de la realización personal que justifique el vacío de la existencia. A esto también hay que agregar la gran influencia de las nuevas tecnologías, que de manera virtual proponen realidades alternas fragmentando la atención a la realidad; esto es ahora lo más o menos dominante y que Gergen señala como saturación social: “La saturación social nos proporciona una multiplicidad de lenguajes del yo incoherentes y desvinculados entre sí... es consecuencia de la multiplicidad de relaciones también incoherentes y desconectadas, que nos impulsan en mil direcciones distintas.” (Gergen, 2006, p. 26)

Es entonces que aparece un individuo parcialmente construido, que se revela también como archivo de su propia historia, en una corporalidad parcialmente asumida, mayor o menormente habitada, desdibujada, diluida, indefinida, intervenida, todas formas incompletas de la construcción de sí, como única representación sensible de lo que se es: “el yo se desvanece totalmente y desaparece en un estado de relationalidad.” (Gergen, 2006, p. 40), porque como es adentro, es afuera.

Contrario a cuando los procesos humanos son cuidados en sus dimensiones y etapas de desarrollo, donde la identidad se constituye a través de registros coherentes y ordenados, de escrituras que configuran una biografía por la experiencia de ser imaginado, contenido, mirado, abrazado, cuidado, amado y que más adelante puede convertirse en autobiografía, a razón de que adquiere una autonomía



responsable y conciencia de sí, construidas en función de significados: “una identidad simbólicamente representada por un cuerpo.” (Aguilar, 2016, p. 348), no de otra forma.

Por lo anterior, volvamos a Freud (1923), al yo consciente, el yo cuerpo que se asume a partir de experimentarse en la percepción estética a través de los sentidos o como sensaciones y sentimientos que provienen del interior: “El yo es sobre todo una esencia-cuerpo; no es sólo una esencia-superficie, sino, él mismo, la proyección de una superficie.” (Freud, 1923, p. 2).

Bertherath, complementa esta idea al afirmar que: “tomar conciencia del propio cuerpo significa abrirse el acceso a la totalidad del propio ser... porque el cuerpo y el espíritu, lo psíquico y lo físico, incluso la fuerza y la debilidad, representan, no la dualidad del ser, sino su unidad.” (2002, p. 13)



42

[Ir al índice](#)

En este orden, agrega, podemos decir que el cuerpo ocupa un lugar en el espacio, tiene dimensiones que le permiten ser medido y pesado; tiene la posibilidad de adaptarse a distintas condiciones externas como cambios de temperatura, de presión, estirarse o comprimirse, por citar algunas condiciones. Sin embargo, esto es hasta ciertos límites; posee un sistema sensorial, definido por el tacto, el olfato, el gusto, la vista y el oído, que lo colocan en estados de percepción, comunicación y aprendizaje del mundo que lo rodea; el cuerpo es único e irreplicable y contiene una información genética heredada que determina gran parte de sus condicionamientos; es temporal y realiza esta función a través de ciclos establecidos por su naturaleza, que no puede determinar pero tal vez modificar de alguna manera y que implican nacer, crecer, desarrollarse, a veces crear vida, deteriorarse y morir; durante dichos ciclos se renueva de manera sincronizada, se adapta y se conserva.

El cuerpo tiene memoria, es vulnerable y se comunica con un lenguaje propio de bienestar o de malestar; por lo cual necesita ser protegido al interior de un espacio, ser vestido, alimentado de manera adecuada, compartirse y abrazar a quienes ama de manera recíproca, descansar, realizar actividad física, tener cuidados de salud, para llevar a cabo sus funciones de manera plena; el cuerpo es la única realidad sensible que representa y contiene la totalidad de aquello que somos; nos pone en relación con los demás y con lo que nos rodea.

Al realizar adecuadamente sus funciones posibilita al individuo expresar lo que piensa y siente, lo que desea y sueña, de esta manera existir significa estar en estado de transformación constante. Es importante entonces, dice Bertherath (2002), habitar la casa, tomar

posesión de ella, no sólo tener, sino guardar las llaves del cuerpo, pues el cuerpo es lo que somos, la identidad, el sí mismo.

Retomando el yo saturado en Gergen (2006), se vuelve obvio que hay ahora un individuo que está gestando un cambio profundo en la manera de concebirse a sí mismo, de tal suerte que corre el riesgo de confundir lo visible con lo superficial, es decir, lo que es con lo que percibe que es, así, aparece una pobre valoración del cuerpo con la lógica desvalorización del sí mismo: “[...] el proceso de saturación social está produciendo un cambio profundo en nuestro modo de comprender el yo” Gergen (2006, p. 26).

Además, agrega Bertherath (2002), al censurar la percepción y las sensaciones disminuyen en la subjetividad las dimensiones reales, aparece la sensación de no existir suficientemente y cuanto más extraño es el cuerpo en la realidad personal, más extraño se vuelve permanecer en la vida; al no poseer la sensación del cuerpo y su disfrute, falta la confianza para asumir muchas cosas que surgen en la experiencia vital.

Por lo anterior, creemos con Bertherath (2002), en la necesidad de habitar el propio cuerpo y despertarlo a través de los cinco sentidos de la percepción. Esto significa crear procesos en donde se haga posible la recuperación de la corporalidad, es decir, la individualidad, un aprendizaje de la conciencia corporal para la construcción de una imagen satisfactoria del sí mismo, recuperar la iniciativa y autoconfianza, la espontaneidad que nos revela como seres completos, integrados, mejor constituidos, para reconocer que la propia autenticidad nos devuelve al verdadero sentido de la existencia y a la adquisición de una mayor libertad.

Es entonces que queremos explicar cómo hemos incorporado las teorizaciones hasta aquí propuestas con algunos lenguajes artísticos, ya que consideramos que la experiencia artística es una actividad que trabaja en diferentes niveles de conciencia, pues de acuerdo con Aguilar (2016), todo proceso creativo trata de la aparición de un campo simbólico, como cualidad que nos define plenamente humanos, en donde por la relación entre contenidos opuestos, se genera una síntesis que da lugar a la transformación de la subjetividad, mediante la integración de dichos contenidos en otro nivel de conciencia.

Para ampliar un poco más estas comprensiones, tenemos a Freud (1930), quien se aproxima a explicar el arte como fenómeno de sublimación pues lo considera una actividad superior, junto con las actividades intelectuales y científicas; asimismo, Lacan (1960) lo plantea como transformación creadora. En este orden, la *Tópica de lo imaginario* de Lacan (1954b) es el modelo que hemos encontrado para



comprender los procesos simbólicos, pues ha dado cuenta de explicar tanto los procesos de formación de la identidad como los procesos creadores en el arte, son análogos. Por lo mismo podemos afirmar que crear también es crearse.

De esta manera, proponemos el diseño de un dispositivo, que se ha podido aplicar en diversos espacios de enseñanza aprendizaje, como en talleres de creatividad, talleres de artes plásticas, arte textil y pintura, cursos de comunicación interpersonal, de introducción a la creatividad artística, en la consulta psicoterapéutica privada, entre otros. Pues consideramos con Gardner (2011, p. 68) que: “la educación artística ha continuado siendo considerada un vehículo para fomentar la autoexpresión, la imaginación, la creatividad y el conocimiento de la propia vida afectiva.” De tal suerte, que este dispositivo puede emplearse con el objetivo de facilitar resignificaciones de la identidad al profundizar en el conocimiento del sí mismo a través de la experiencia artística guiada.



44

Ir al índice

Además, por nuestras observaciones, intuimos que promueve específicamente procesos de sensibilización estética, en este caso, creando reescrituras autobiográficas significativas y conscientes, porque creemos con Waisburd, G. y Sefchovich, G. (1999) que este trabajo activa los procesos simbólicos, tanto por la creatividad artística y el manejo creativo del material, como por facilitar el conocimiento del cuerpo simbólico, lo cual también dispone al individuo para un mejor manejo espacial, una expresión y comunicación más libres, que lo conducen a salir de los límites propios y modelos establecidos, lo que fortalece su autoconfianza y la relación con los demás.

Es entonces que enfocadas en nuestro objetivo y con base en la propuesta de nuestros autores, se planteó un ejercicio que consiste en el trazo de una impronta corporal sobre papel de gran formato, para dar lugar a una reflexión sobre el sí mismo, al trabajar la identidad *concreta*, *abstracta* y *simbólica*, de acuerdo con los supuestos de Giménez (2007), relativos a los tres estados de formación de la identidad y con la metodología de Lacan (1954b), haciendo pasar al sujeto por los tres registros de lo imaginario: *real*, *imaginario* y *simbólico*, tanto para establecer el objetivo del ejercicio, los procesos de creación y el significado de la reflexión, lo anterior por medio del dibujo y la pintura.

La configuración de la impronta se realizó en tres momentos, en cada uno de los cuales, se llevó a cabo una reflexión sensible sobre cada dimensión de lo humano (identidad *concreta*, *abstracta* y *simbólica*) y después se prosiguió a la representación con símbolos de cada una de estas. En donde la *identidad concreta* se definió por la impronta, planteando al cuerpo como la única realidad material de la

identidad. Al interior de la impronta se representó la *identidad abstracta*, en donde se “encuentran” el razonamiento y la emocionalidad, los cuales sostienen una relación dialógica que se resuelve en una síntesis en el tercer nivel de configuración y de representación de la identidad, creando significados o la *identidad simbólica*. El primer momento consistió en dibujar el contorno corporal de cada participante sobre papel, para reflexionar sobre la dimensión concreta de Giménez (2007), como sabemos, esta se encuentra representada por el cuerpo y que en Freud (1923) corresponde al principio de realidad, el cual se manifiesta a través de la conciencia, presente en los cinco sentidos de percepción. De esta manera, cada participante añadió a su impronta contenidos simbólicos relacionados con sus experiencias de percepción.

El segundo momento corresponde a la representación de la dimensión abstracta de Giménez (2007), donde se encuentran en diálogo las formas subjetivadas y objetivadas de la cultura, a través de la imaginación. Esto sucede en la estructura de la conciencia, es decir, en la interacción entre la conciencia y el inconsciente de Freud (1923), y que también pueden definirse aquí como los planos afectivo y lógico.

Finalmente, en el tercer momento se introducen las referencias de la dimensión simbólica de Giménez (2007), como el plano de la trascendencia, en donde aparecen para cada participante los significados de las interacciones anteriores y que al transformar su postura subjetiva, es el “lugar” donde se objetiva como individuo.

Es entonces que retomando nuestros supuestos y por la mediación del presente dispositivo, es posible observar en el individuo² un incremento de la sensibilidad estética, esto se debe tanto a la experiencia en el manejo del material, pero básicamente por el ejercicio de representación de sí mismo en una concepción simbólica más amplia, con lo que al observarse incrementa sucesivamente la conciencia de las distintas dimensiones, a partir de las cuales expande su percepción de realidad, es decir se objetiva a sí mismo. Además, incorpora libremente elementos externos a él, como acto deliberado, para configurarse individuo, razón por la que se construye sujeto.

Y es ahí, en este nuevo universo simbólico, donde el cuerpo reúne, convoca y representa su realidad tangible e intangible, que por la sensibilización estética a través de la experiencia artística guiada, el nuevo sujeto asume como propio. A continuación, presentamos una fotografía que ilustra nuestras aproximaciones.³

² Hemos utilizado los términos en masculino para referirnos a los participantes de manera genérica.

³ La fotografía corresponde a la C. Génesis Medina Ruíz, alumna de la Licenciatura en Cultura y Arte, de la División de Ciencias Sociales y Humanidades, quien cedió los derechos de esta imagen para su publicación en el presente artículo.





Imagen 2: Impronta corporal. Fotografía de Guadalupe Aguilar. La fotografía corresponde a la C. Génesis Medina Ruiz, alumna de la Licenciatura en Cultura y Arte, de la División de Ciencias Sociales y Humanidades, quien cedió los derechos de la imagen para su publicación



46

Ir al índice

Conclusiones

Con la lógica de dar respuesta a nuestras preguntas de investigación: ¿Cómo la sensibilización estética facilita la conciencia corporal?, así como ¿Se puede pensar que la identidad se encuentra simbólicamente representada por el cuerpo?, y, de acuerdo con la presente teorización y el análisis visual de la imagen, podemos dar cuenta que los procesos de sensibilización estética a través de la experiencia artística guiada, permiten crear un cuerpo autobiográfico, un mapa, una memoria personal representada por la corporalidad.

En este orden, es posible observar una impronta corporal completa de un cuerpo femenino, con dimensiones reales, que muestra con claridad la función que la participante asigna a las partes del cuerpo que considera significativas, entre ellas, los sentidos de percepción. En ésta, se encuentra representada una cabeza que pinta con pelo blanco que adorna con moños de diferentes colores, en la que se pueden observar los ojos cerrados, sin embargo, incorpora en la parte central del pecho un gran ojo en cuyo centro aparecen dos “venditas” cruzadas y del cual se derrama una lágrima, éste se encuentra enmarcado hacia abajo por unas que parecen ser llamas de fuego por los colores cálidos y hacia arriba otras que llegan hasta la garganta en colores fríos; omite el olfato y el gusto es representado por una boca sin color. Los brazos hacen evidente la pintura del universo, los cuales también portan una “vendita”, en cuyas manos pintó otros ojos cerrados. En el tórax hay varias figuras abstractas en diferentes tonos de violeta y sobre ellas el dibujo de algunos medicamentos, en el vientre bajo, el área del útero, es visible la figura de una flor abierta con dos botones en ambos lados,

la cual es intervenida por una mano. Finalmente, las piernas tienen la apariencia de estar paradas en la tierra, pues se observan plantas que han crecido a su alrededor.

Como es posible observar, a la impronta corporal, a la dimensión *concreta*, se fueron integrando símbolos que representan tanto a la dimensión *abstracta*, en donde se ponen en diálogo la lógica y los afectos y la dimensión *simbólica* que aparece como resultado de dicha relación.

Con esto es posible distinguir que el esfuerzo por generar un trabajo de sensibilización estética, a través de la experiencia artística guiada para la reflexión de procesos de integración de la individualidad, y remitiéndonos a Lacan (1954b), se presenta como un *real* que invita a su comprensión a través del trabajo de la *imaginación*, durante un proceso creativo, que se traduce en un proceso creativo de sí, mediante el uso de símbolos que representan la subjetividad de la participante y donde da cuenta de la incorporación de otros elementos que le dan sentido y la configuran un todo integrado y armónico, proceso que fortalece su capacidad simbólica. Finalmente, la participante, al observar su creación durante el ejercicio, se objetiva y va retroalimentando, con una serie de actos conscientes, la reescritura y reorganización de su propia historia, con lo que crea un cuerpo autobiográfico.



47

[Ir al índice](#)

Fuentes de información

- Aguilar, G. (2016). Procesos creativos y transformaciones subjetivas. La resignificación de la identidad a través de la experiencia artística dirigida (tesis doctoral). México: Universidad de Guanajuato. Doctorado en Cultura y Arte.
- Bertherath, T. (2002). El cuerpo tiene sus razones. Buenos Aires: Paidós.
- Freud, S. (1923). El yo y el ello. Buenos Aires: Obras completas. Colección digital Psicolibro. Vol. XIX.
- Freud, S. (1930). El malestar en la cultura. Buenos Aires: Obras completas. Colección digital Psicolibro. Vol. XXI.
- Gardner, H. (2011). Educación artística y desarrollo humano. Barcelona: Paidós.
- Gergen, K. J. (2006). El yo saturado. Barcelona: Paidós.
- Giménez, G. (2007). Estudios sobre la cultura y las identidades sociales. México: Conaculta.
- Lacan, J. (1954 a). El universo simbólico, Seminario 2, Clase 3. Buenos Aires: Obras completas. Colección digital Psicolibro.
- Lacan, J. (1954 b). La tópica de lo imaginario, Seminario 1, Clase 7. Buenos Aires: Obras completas. Colección digital Psicolibro.
- Lacan, J. (1960). La pulsión de muerte, Seminario 7, Clase 16. Buenos Aires: Obras completas. Colección digital Psicolibro.
- Waisburd, G. y. (1999). Expresión corporal y creatividad. México: Trillas.